

Estas fueron las palabras que Bea colgaba en su muro de Facebook, nada más nacer su segundo hijo:

“Gracias por haberme enseñado a disfrutar de la experiencia más bonita de mi vida.

Hace 4 años tuve mi primer hijo y hace 4 días el segundo. Es cierto q ningún parto es igual, pero tan distintos...

He disfrutado tanto del nacimiento de mi niño que no puedo dejar pasar una noche más sin agradeceréelo públicamente.

He conseguido “dejarme llevar dentro de la ola “y podría decir que casi he disfrutado sintiendo como mi vientre se iba aflojando y sintiendo en todo momento como acompañaba a mi bebé y lo guiaba hasta mis brazos, hasta el punto de sacarlo yo misma(con ayuda del matrn, claro)y ponerlo sobre mi pecho.

Decir por último q en mi primer parto tardé 24 horas en tener a mi bebé, monitorizada y tirada en una cama. El miedo a repetir horrible experiencia e llevó a conocer a Ana Palazón y su taller de "Parto y Movimiento de Núria Vives", gracias a esto tarde 25 minutos, el resto del trabajo lo hice en mi casa, con mi pareja...parto en movimiento por favor!!!! Y pelvis libre!!!!

Gracias Edi, papá de mis niños y parte fundamental de este equipo.

Gracias a la vida.”

Dos años después le pedí que me relatara su parto para este artículo y estas son sus palabras:

“Como cuando nació mi primer hijo, Teo, esa mañana al levantarme sabía que iba a llegar Xío. Tenía planeado llevar a mi hijo mayor al colegio y después ir a comprar a unos grandes almacenes. En el taller, en algún momento habíamos comentado que el segundo parto seguro sería más rápido que el primero. En mi primer parto, había estado en mi casa desde las seis de la mañana hasta las ocho de la tarde “como un león enjaulado” (así me dijo mi hermano cuando me vio), me había quedado en casa esperando, ahora que lo pienso, muy mal por mi parte, pero eso es lo que tiene el no saber.

No cambié mis planes el día que nació Xío, sabía que necesitaba moverme y estar de pie para ayudar a mi hijo a descender.

Llevamos a Teo al cole y ya de compras recuerdo las contracciones de poco tiempo, un minuto a lo mejor, pero tenía descansos de veinte o veinticinco minutos entre ellas. Paseaba y veía la ropa durante ese tiempo y cuando venía la contracción caminaba a toda velocidad por los pasillos (mi marido alucinaba conmigo). La estrategia era perfecta para mí. Podría estar en una cama monitorizada, esperando con pavor el momento de la contracción o estar en movimiento y por supuesto de pie.

No tenía miedo, sentía que lo tenía todo controlado, sabía en todo momento dónde estaba Xío, yo estaba ocupada y las contracciones eran cada vez más frecuentes. Ya faltaba menos. Había pasado toda la mañana.

Fuimos a buscar a Teo, mi marido me dijo de dejarlo ya en casa de los abuelos, eran las dos de la tarde, pero yo sabía que me daba tiempo de comer con ellos y de que Teo pudiera participar

un poco del nacimiento de su hermano (habíamos practicado muchas veces el movimiento cada uno con su pelota). Sería un buen acompañante. Y yo seguía tranquila, sin miedo.

Comimos los tres juntos, y yo estaba en la pelota, en Teo en la suya, haciendo sus movimientos de pelvis libre. (Me lleno de felicidad recordando estos momentos, estábamos juntos en la ola), aumentaba la intensidad de las contracciones, pero yo seguía sin miedo. Mi marido se llevó a Teo, eran algo más de las tres de la tarde, cuando volvió a casa yo ya estaba lista. Sabía que tenía que ir volando al hospital porque sentía a Xío ya, ya, ya.

Mis sensaciones habían cambiado, el dolor era apretado, diferente, constante, pero estaba a gusto y cómoda y FELIZ. ¡Notaba cómo lo había conseguido, sabía que Xío ya estaba aquí y que yo lo acompañaba sin miedo!

En el portal tuve mi primera sensación de pujo, se senté en la parte trasera del coche, sonaba en la radio una canción de Juanes y yo iba cantando.

Llegamos al hospital, eran las cuatro y veinticinco. Mi marido dejó el coche delante de la puerta, volamos y llegamos a planta. Había varias mujeres en la sala, todas de parto, y me invitan a sentarme. ¡Yo sí que estoy de parto! ¡No puedo esperar más! Y en la sala de espera me coloqué a cuatro patas y les dije que Xío ya llegaba. Segundo pujo. Estaba de nueve centímetros de dilatación, habíamos llegado de milagro. Me sentía feliz. El trabajo estaba hecho.

Le expliqué a mi matró, mi interés por poder dar a luz de pie o en posición cuatro patas, me ayudó a colocarme sobre la cama.

Tercer pujo, de pie agarrada en la camilla, noté un desgarro. Sentí como se descorchara una botella de champagne y liberación. No había dolor.

El matró me dijo, un pujo más y tu bebé sale, me invitó a recogerlo con mis manos. A las cinco de la tarde Xío ya estaba en mi pecho.

Poder moverme, dejar mi pelvis libre, dejar al miedo a un lado, verticalidad y movimiento.”